



Las idealizaciones de los guerreros riñeron con la logicidad política

● A los años trágicos y heroicos de la guerra de Independencia; a la defección del coronel Agustín de Iturbide a la Casa Real de España; al entendimiento circunstancial de los soldados insurgentes y realistas adoptado en Iguala; a la entrada triunfal del ejército Trigarante a la ciudad de México, siguieron días conmovedores, arrullados, ya con ideas generosas, ya con los artilugios de la ambición, ya con torpezas y agravios de vencedores y vencidos.

Todo eso era explicable. Las voces de *libertad e independencia* llevadas y traídas por los cuatro vientos, no se manifestaban como susurro de arpa aeólica, sino a manera de turbación delirante; y esto, porque no se sabía adónde empezaba el ejercicio de la autoridad, sobre cuáles ordenanzas se desarrollaría la función de gobierno, qué desplome o fijeza podía tener aquel edificio basamentado en el 24 de febrero de 1821, y erigido siete meses después en la euforia de unas horas ¹.

No todas las cuestiones de la victoria Trigarante estaban dentro de ese contexto. Había una interrogación, una grande interrogación, con el sólo mirar a los pies y cabeza de quienes formaban en el ejército triunfante.

No debíase ver únicamente a los galoneados y altivos estados mayores. Era necesario estudiar la tipología, la indumentaria y la fatiga del grueso de aquella tropa descalza que, partiendo de Chapultepec, desfiló al compás jubiloso de los vecinos de México, entre los que figuraban quienes durante el virreinato habían estado censados dentro de discrimina-

¹ Vide, *Gaceta imperial*, Méx., 6 de Oct., 1821

dos barrios suburbanos². De tal estudio se desprendía cuán disímbolas células iban a batallar para poder dar corporeidad a la Nación mexicana; y no debido a que una sangre rechazase a la otra sangre, antes por las notorias desemejanzas de tradición, mentalidad y costumbres que existían en el país.

En efecto, el Trigarante denotaba un dramatismo humano. La llamada *chusma* del 1810, ahora recibida con vítores por quienes la difamaran y se burlaran de sus miserias, y los soldados españoles desleales a su rey, formaban en la contradicción de la época, e igual se advertía en la presencia de los jefes; porque si unos —los realistas— andaban muy peripuestos para ser objeto de honores, los del bando contrario —los insurgentes— no figuraban en aquel teatro, por lo cual era una improvisación del miedo y adulación que tal aparato de aspecto militar significaba, de manera incontrovertible, la autonomía y salud de México.

El conjunto semiarmado, que avanzó hacia el antiguo palacio virreinal en medio de la alegría popular, poseía todas las características del que ha vencido al enemigo. Sin embargo, históricamente no podía afirmarse que el ejército mexicano hubiese derrotado al ejército español, puesto que no existen documentos que indiquen el reconocimiento preciso de un espíritu de nacionalidad, y sí el nacimiento de un partido oportunista que conociendo el hartazgo producido por una guerra de diez años, dio fin a los juegos de las aventuras y de la pólvora cuando lo estimó a propósito y conveniente.

De aquí, que los realistas, y especialmente sus jefes, se alzaran con facilidad y se asociaran sin escrúpulos a los gauleotes, no sin aprovechar el vocabulario político y guerrero de éstos; pero sin mencionar sus ideas que tenían tanta nobleza, vastedad y consideración que estaban llamadas a llenar los siglos de la mexicanía. De aquí, también, lo oscilante y tenebroso de los meses y años que siguieron a las apelli-

² Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, Méx., 1852, t. V, p. 332

dadas *Tres Garantías*. De aquí, por último, la supuesta ilogicidad política de México al través del siglo XIX y las numerosas frustraciones de las ideas e idealizaciones de bienestar y nacionalidad mexicanos.

Tanta fuerza de ciencia y práctica posee lo establecido arriba, que es indecoroso dar al coronel Agustín de Iturbide el título de *libertador*, cuando en la realidad sólo fue el fundador del partido oportunista, para lo cual, tenía la osadía y figura de un héroe militar del despuntar decimonónico: estaba "en la flor de la edad", era "de aventajada presencia, modales cultos y agradables, hablar grave e insinuante"³; pero individuo sin ideas políticas, discípulo de la vida disipada y comerciante de cuartel⁴.

No menos dispuestos a dar cauce a las idealizaciones políticas de los guerreros de la independencia, estaban los jefes militares realistas llevados a la empresa de Iturbide. Estos correspondían a una escuela muy fogueada en la guerra, ansiosa de dar gloria a su patria española, contraria a la autonomía de los pueblos, ajena a la ilustración y alimentada con el desprecio profundo hacia los caudillos e improvisados soldados de la Independencia.

De ellos, de los lugartenientes de Iturbide, habían partido las violencias y atropellos, las invectivas y crueldades que azotaron al país durante diez años. Tales individuos, pues, no podían concursar en el renacimiento de un pueblo que sufría las tragedias propias a la dominación extranjera. Y no sólo asistir, sino cooperar en un suceso de tanta magnitud, como el que se advertía después del más ligero examen de los hombres e ideas del hidalguismo y sobre todo del poshidalguismo, que no compatibilizaba con los individuos que formaban en el iturbidismo⁵.

Aunque todo eso no constituía la soberanía de México y sí era una revuelta contra la autoridad metropolitana, no por

³ Apud Alamán, p. 56

⁴ *Ibíd.*; Cf. N. Rangé, *Correspondencia privada de don Agustín de Iturbide*, Méx., 1933

⁵ Cf. Alamán *supra*

ello, e intentándose acallar a la insurgencia batalladora, el partido iturbidista, entre sus primeros actos al conquistar el poder figuró la firma de una *Acta de Independencia*, en la cual, para borrar cualquier sospecha de ligazón con España, se dijo: "esta parte del Septentrión . . . es nación soberana e independiente" ⁶; ahora que lo escrito no fue obstáculo para que se desconociese la fuerza histórica y constitucional de la Guerra de Independencia, o lo que equivalía a negar una idea real y absoluta de autonomía y nacionalidad, sustituyéndola por un partidismo personal que comenzó, según la propia Acta, en los arreglos de Iguala ⁷.

Destroncado quedó, pues, el principio básico del país soberano. Lo que entrañaba una mera transacción pacífica, estaba lejos de ser el renacimiento integral del tema absoluto de mexicanía.